

ca en que muchos nobles que hoy revientan de soberbia no eran ni aun escuderos. Palamedes fué gran amigo de Hugo de Bruyeres, mi ascendiente, y ambos dormian debajo de una misma tienda como hermanos de armas.

Aquellos gloriosos recuerdos hicieron levantar la cabeza á Sigognac; sentia éste palpar en él el alma de sus antepasados, y Zerbina, que le contemplaba, se sorprendió de la belleza singular, y por así decir interna, que iluminó como una llamarada la fisonomía habitualmente triste del Baron.

—Estos nobles,—dijo para sus adentros la doncella,—tienen todo el aire de haber salido del mismísimo muslo de Júpiter; á la menor palabra, su orgullo se endereza sobre los espolones, y no pueden, como los villanos, digerir el insulto. Lo mismo da, si el Baron me mirase con esos ojos, haria, en su favor, una infidelidad al marqués. Ese Sigognac es un héroe.

—Puesto que tal es vuestra opinion sobre mi familia,—dijo el baron al marqués,—¿desafiareis en mi nombre al señor duque de Vallombreuse y le llevareis el cartel?

—Lo haré,—respondió el marqués con tono grave y mesurado que contrastaba con su buen humor habitual,—y además como padrino pongo mi espada á vuestro servicio. Mañana me presentaré en el palacio de Vallombreuse. El jóven duque, si tiene el defecto de ser insolente, no así el de ser cobarde, y no se atrincherará detrás de su dignidad desde el instante que sabrá vuestra verdadera condicion. Pero basta sobre este punto. Hace ya demasiado tiempo que estamos molestando á Zerbina con nuestras querellas de hombre. Veo contraerse sus purpurinos labios á pesar de la buena crianza, y debe de ser la risa y no los hostezos quien nos muestre las perlas de que es estuche su boca. Vamos, Zerbina, recobrad vuestra alegría y llenad el vaso al baron.

La doncella obedeció con tanta gracia como destreza. Hebe escanciando el néctar no lo hubiera hecho con más garbo. La jóven hacia bien todo lo que hacia.

Durante el resto de la cena no se trató más del asunto. La conversacion rodó sobre la maestría con que desempeñó su papel Zerbina, á quien el marqués colmaba de cumplidos á los que Sigognac podia unir los suyos sin ninguna deferencia ó galantería, pues la doncella habia demostrado una agudeza, un entusiasmo y un talento incomparables.

Hablóse tambien de los versos de Scudery, uno de los más distinguidos talentos de la época, que el marqués encontraba perfectos, aunque ligeramente soporíferos, prefiriendo á *Ligdamon y Lidias las Bravatas del capitan Estruendo*, lo que daba la medida de su buen gusto.

Tan pronto le fué permitido, Sigognac se despidió y se retiró á su cuarto, de cuya puerta corrió el cerrojo. Luego sacó de una funda de sarga que la cubria para librarla del orin, una espada antigua, la de su padre, que se habia llevado consigo como una amiga fiel. Sacóla lentamente de la vaina y besó respetuosamente su empuñadura. Era una hermosa arma, rica sin adornos supérfluos, un arma de combate y no de gala. En la hoja de azulado acero, realzada con algunos delgados filetes de oro, veíase impresa la marca de uno de los más célebres armeros de Toledo. Sigognac tomó un trapo de lana y lo pasó repetidas veces por aquel hierro para devolverle todo su brillo. Tanteó con el dedo el filo y la punta, y apoyándola contra la puerta, dobló la hoja casi hasta tocar la empuñadura á fin de probar su flexibilidad. El noble hierro sufrió valientemente esta prueba y demostró que no haria traicion á su dueño en el teatro del combate. Animado por el terso brillo del acero, empuñó Sigognac con mano firme la espada y empezó á tirar contra la pared, y vió que nada habia olvidado de las lecciones que Pedro, antiguo ayudante de esgrima, le diera durante sus largos ocios en el castillo de la Miseria.

Aquellos ejercicios, á los cuales se habia entregado con su viejo criado á falta de poder concurrir en las academias como hubiera sido propio á un hidalgo, habian desarrollado su fuerza, fortificado sus músculos y aumentado su flexibilidad natural. No teniendo otra cosa que hacer, habia adquirido una especie de pasion por la esgrima, cuya noble ciencia habia estudiado profundamente, y aunque no se creyese más que escolar, tiempo hacia que habia pasado á maestro; aconteciéndole á menudo, en los asaltos que tenian lugar entre los dos, señalar con un punto azul el peto de ante con que Pedro se cubria el pecho. Cierto que la modestia del jóven no lo atribuia á su destreza, sinó á que su criado se dejaba tocar expresamente para no desanimarlo siempre con paradas invencibles; pero en esto se equivocaba: el viejo ayudante no habia ocultado á su querido discípulo ninguno de los secretos de su arte. Durante años enteros le habia mantenido en los rudimentos, aunque á veces Sigognac diese á comprender el enojo que le causaban aquellos ejercicios tan repetidos. Así es que el Baron poseia una maestría igual á la de su profesor, aumentada con la juventud, que le daba más flexibilidad y lijereza; y como su vista era tambien más fina, Pedro, si bien sabia una réplica á cada bote, no conseguia con la regularidad de otros tiempos desviar el hierro del baron. Tales derrotas, que hubieran agriado á un maestro de armas ordinario, pues esos gladiadores de profesion no se dejan voluntariamente vencer, aun por sus discípulos más queridos, alegraban y llenaban de orgullo el corazon del honrado criado, quien, sin embargo, ocultaba su gozo, por temor de que el jóven no se abandonase creyendo haber alcanzado el límite y llevándose la palma.

Así es que en aquel siglo de hombres que se batian por la menor cosa, de bravucones, de duelistas y de matones que frecuentaban las salas de armas de los maestros españoles y napolitanos para aprender estocadas secretas y golpes á traicion, nuestro Sigognac, á pesar de que no habia salido nunca

de su castillo más que para cazar, en compañía de Miraut, alguna liebre tísica entre los zarzales, se encontraba ser, sin tener conciencia de ello, una de las más finas hojas de la época, y capaz de medirse con las espadas de los más célebres tiradores. Quizás no tenia la elegancia insolente, la actitud resuelta, la fanfarronería provocadora de tal ó cual noble renombrado por sus proezas sobre el campo del honor; pero muy hábil hubiera sido la hoja capaz de penetrar en el pequeño círculo donde le encerraba la guarnicion de su acero.

Satisfecho de sí mismo y de su espada, que colocó al lado de su cama, Sigognac no tardó en dormirse en brazos de la más completa seguridad, como si no hubiese dado al marqués de Bruyeres el encargo de provocar al poderoso duque de Vallombreuse.

Isabel no pudo cerrar los párpados: comprendió que Sigognac no pararia allí, y temia por su amigo las consecuencias de la pendencia; sin embargo no le pasó por la mente el interponerse entre los combatientes, pues los asuntos de honor eran en aquel tiempo cosa sagrada que las mujeres no se habrian atrevido impedir ó estorbar con sus lloriqueos.

A las nueve de la mañana siguiente, el marqués, ya vestido, fué á encontrar á Sigognac en su cuarto, para arreglar con él las condiciones del duelo. El Baron quiso que el de Bruyeres tomase, por si el duque no diese crédito á su hidalguía ó se denegase, las viejas ejecutorias, los antiguos pergaminos de los cuales pendian grandes sellos de cera sostenidos por hilos de seda, los diplomas rotos en todos los dobles y en los que se veian firmas reales cuya tinta habia tomado un color amarillento, el árbol genealógico de frondosas ramas cargadas de cuarteles, todos los comprobantes en fin que atestiguaban la nobleza de los Sigognac. Aquellos ilustres papelotes, cuya escritura góticamente indescifrable hubiera

reclamado anteojos y la ciencia de un benedictino, estaban piadosamente envueltos en un pedazo de tafetán que con el tiempo pudo haber sido de color carmesí, habiendo alguien que quizás hubiese visto en él un giron del estandarte que condujo en siglos anteriores las cien lanzas del baron Palamedes de Sigognac contra las sarracenas huestes.

—No creo,—dijo el marqués,—que haya necesidad, en este lance, de hacer vuestras pruebas como delante de un heraldo de armas; bastará mi palabra de la que jamás ha dudado nadie. Sin embargo como puede acontecer que el duque de Vallombreuse, por extravagante desden y loca jactancia, finja no ver en vos sino al capitan cómico contratado por el señor Herodes, voy á tomar esos títulos que llevará mi ayuda de cámara para el caso de que haya necesidad de exhibirlos.

—Haced lo que juzgueis más conveniente,—respondió Sigognac;—fio en vuestra discrecion, y pongò mi honor en vuestras manos.

—No correrá en ellas el menor peligro,—respondió el señor de Bruyeres,—estad de ello seguro, y obtendremos satisfaccion de ese duque insolente cuyo altivo modo de obrar me subleva más de lo que podríais imaginaros. La diadema del baron y las hojas de apio y las perlas del marqués valen bien las puntas de la corona ducal, cuando la raza es antigua y la filiacion pura de toda mezcla. Pero hemos hablado bastante, es preciso obrar. Las palabras son hembras, las acciones varones, y la colada del honor no se pasa sino con sangre, como dicen los españoles.

Llamó el marqués á su ayuda de cámara, le entregó el legajo de papeles, y salió de la posada para ir á desempeñar su mision en el palacio Vallombreuse.

El duque, agitado y enfurecido por los acontecimientos de la víspera, se habia adormecido muy tarde. Así es que cuando

el marqués de Bruyeres dijo al ayuda de cámara de Vallombreuse que le anunciase á su amo, los ojos del tunante se abrieron desmesuradamente á tan enorme peticion. ¡Despertar al duque! ¡entrar en su dormitorio antes de que hubiese llamado! Tanto valia penetrar en la jaula de un leon de Barca ó de un tigre de la India. El duque, aun cuando se metiese en cama de buen humor, no tenia el despertar benigno.

—Vuestra merced haria mejor en aguardar,—dijo el lacayo temblando á la idea de una audacia semejante,—ó volver más tardé. Monseñor no ha llamado todavía, y no me atrevo á tomar sobre mí.

—Anuncia el marqués de Bruyeres,—dijo el protector de Zerbina con voz en la que empezaba á vibrar la cólera,—ó derribo la puerta y me introduzco yo mismo; necesito hablar á tu amo ahora mismo de asuntos de importancia y que atañen al honor.

—¡Ah! ¡vuestra merced viene para un duelo!—dijo el ayuda de cámara súbitamente ablandado.—¿Porqué no lo digisteis desde luego? Voy á llevar vuestro nombre al señor duque; se metió ayer en cama de tan endiablado humor que no cabrá en sí de gozo al verse despertado por una pendencia y tener un pretexto de batirse.

Y el ayuda de cámara, con ademan resuelto, penetró en las habitaciones despues de suplicar al marqués que se dignase aguardar unos minutos.

Al ruido que al abrirse y al cerrarse hizo la puerta, Vallombreuse, que dormia de un solo ojo, se despertó del todo, y de un salto tan brusco que hizo crujir el maderámen de la cama, se incorporó, buscando algun objeto para arrojar á la cabeza del ayuda de cámara.

—¡Que el diablo ensarte con su cuerno el tres veces ganoso que interrumpe mi sueño!—exclamó con voz irritada el duque. ¿No te habia ordenado que no entrases sin que yo te llamase? Por tu desobediencia te haré propinar cien látiga-

zos por mi mayordomo. ¿Cómo voy ahora á conciliar de nuevo el sueño? ¡Por un momento he temido que no fuese la por demás tierna Corisanda!

—Monseñor,—respondió el lacayo con el más sumiso respeto,—puede hacerme matar á palos si esto le agrada,—pero si he osado violar la consigna, no es sin poderosas razones. El señor marqués de Bruyeres esta ahí aguardando poder hablar al señor duque para un negocio de honor, según he comprendido. En estas ocasiones el señor duque no se niega y recibe siempre visitas de este género.

—¡El marqués de Bruyeres!—exclamó el duque,—¿habré tenido con él alguna pendencia? no lo recuerdo; además hace mucho tiempo que no he hablado con él. Quizás se imagina que quiero soplarle á Zerbina, pues los enamorados se figuran siempre que los demás ponen los ojos en su bien. Vamos, Picard, dame mi ropa y corre las cortinas de la cama para que no vean el desorden en que está. No quiero hacer aguardar al marqués.

Picard presentó al duque una magnífica toga veneciana que sacó de un guardaropa, y sobre cuyo fondo de oro se veían grandes flores de terciopelo negro; Vallombreuse se ató los cordones sobre las caderas, de manera á hacer resaltar su flexible talle, se sentó en un sillón, tomó una actitud indolente, y dijo al lacayo:

—Que pase.

—El señor marqués de Bruyeres,—dijo Picard abriendo de par en par la puerta.

—Buenos días, marqués,—dijo el jóven duque de Vallombreuse levantándose á medias de su sillón,—y sed bien venido, sea cuál fuere el objeto que os trae. Picard, avanza una silla al señor. Dispensadme si os recibo en esta sala desordenada y con este traje matinal; esperando que en ello no vereis una falta de atención, sino una muestra de diligencia.

—Perdonad,—replicó el marqués,—mi insistencia en in-

terrumper vuestro sueño, ocupado quizás en alguno delicioso, pero tengo el encargo de cumplir cerca de vos una misión que entre hidalgos no permite demora.

—Excitais mi curiosidad al más alto grado,—respondió Vallombreuse;—no adivino qué negocio urgente pueda ser este.

—Sin duda, señor duque,—dijo el marqués de Bruyeres,—habeis echado en olvido ciertas circunstancias de la noche de ayer. Tan insignificantes detalles no son para grabarse en vuestra mente. Así pues, si lo permitís, voy á ayudar vuestra memoria. En el vestuario de las actrices, os dignasteis honrar con una atención particular á una jóven que desempeña los papeles de ingénua: Isabel, según creo. Y por una chanza que, por mi parte, no encuentro vituperable, quisisteis vos ponerle un asesino en el seno. Este proceder, que yo no califico, ofendió muy mucho á un cómico, al Capitan Estruendo, que tuvo el atrevimiento de sujetaros la mano.

—Sois el más fiel y el más concienzudo de los historiógrafos, marqués,—interrumpió Vallombreuse.—Todo lo que habeis contado es ciertísimo, y, para concluir la anécdota, prometí á ese pillastre, insolente como un noble, una paliza, castigo apropiado á un bergante de su clase.

—Nada malo hay en hacer apalear á un histrion ó á un estudiante de quien no se está satisfecho,—dijo el marqués con la más perfecta indiferencia;—esas especies no valen las varas que se les rompen sobre sus espaldas; pero aquí el caso varia. Debajo del Capitan Estruendo, quien, sea dicho de paso, ha sacudido de lo lindo el polvo á vuestros lacayos, se encuentra el baron de Sigognac, hidalgo de antigua alcurnia y de la mejor nobleza de Gascuña. Nadie tiene lo más mínimo que decir respecto de él.

—¿Qué diablos iba á buscar entre esos cómicos?—respondió el jóven duque de Vallombreuse jugando con los cordones de su bata;—¿podia yo sospechar un Sigognac debajo de aquel disfraz grotesco y detrás de aquella nariz postiza embadurnada de carmin?